

Público y privado

Y tú, ¿qué crees que es eso del Pacto por la Competitividad?", me ha preguntado el pequeño majadero verde con el que vivo. "Déjame en paz! -le contesto- que ahora estoy pensando en otras cosas". Sorprendentemente, me hace caso, se va, y le oigo clavando algo en la cocina. Me olvido de él y empiezo con lo mío.

Hubo un país con un gran lago del que partían tres ríos que atravesaban otros tres países. Los habitantes de los cuatro países vivían su tiempo como podían, y eran ciertamente diferentes en tradición, cultura y lenguaje. Pero todos compartían la gran pasión de la natación.

Desde pequeños, y hasta que la vejez les imposibilitaba hacerlo, unos en su lago y otros en sus ríos respectivos, nadaban y nadaban. Jugaban nadando y nadando conocían normalmente el amor; festejaban nadando... e incluso se decía que en las brillantes noches de plenilunio se podía ver a los espíritus sonrientes de los muertos chapoteando felices, hablando con los peces y blanqueándose perezosos y desnudos sobre las rocas de la orilla.

Pero todo empezó a estropearse cuando en el País del Gran Lago empezó eso que llamaron desarrollo. Se produjeron de forma creciente miles y miles de cosas nuevas y se generaron, claro está, miles y miles de toneladas de residuos.

Cada una de las empresas se planteó individualmente el problema de la eliminación de esos residuos, y cada una de esas empresas individualmente llegó a la conclusión de que lo más barato era tirarlos al lago. Y así lo hicieron, individualmente, una por una, y así El Gran Lago se convirtió colectivamente en La Gran Cloaca.

El olvido del pasado

Tampoco pareció que ese cambio afectara mucho a la gran mayoría de los habitantes del País del Gran Lago. La modernidad les había entoncido: entre que ahora trabajaban muchas más horas que antes, que se pasaban la vida corriendo de un lado para otro y que tenían los ojos llenos de la luz de los escaparates y de los colores de las nuevas cosas, la natación era sólo una cosa casi de la antigüedad.

Sólo algunos viejos miraban con tristeza las aguas ahora sucias de su pasado, limpias, recordado. Pero eran simplemente viejos.

Los niños ahora disfrutaban con cosas, como cosas eran las relaciones dentro del amor cosificado y como cosas eran los festejos, las alegrías y las amistades. Individual y libremente, decían, habían elegido marcar con cosas su señorío del tiempo limitado de sus vidas, y el lago pestilente era sólo un pequeño coste, casi ya inapreciado, de su ser y su libertad.

Todo estaba en su sitio, aunque, eso sí, nadie volvió a ver espíritus en las noches de plenilunio. Aunque también es cierto que pocos los buscaban.

El que ensucia, que limpie

Pero los habitantes de los tres países de los ríos, quizá porque no habían participado de ese desarrollo económico tan espectacular, seguían empeñados en continuar nadando y miraban con rabia las aguas asquerosas que bajaban des-



de el Gran Lago-Cloaca. Conscientes de cuál era el problema, y recordando, ingenuos, aquella vieja regla de que "el que ensucia que limpie", plantearon a las autoridades del País de la Gran Cloaca sus demandas.

Se nombraron tres delegados que fueron humildemente hasta sus territorios, señalaron el lago y se quejaron amargamente. Las autoridades de aquel noble país les escucharon con atención, sonrieron, y les mostraron sus ejércitos, sus tanques, sus aviones, sus misiles... y los tres delegados volvieron convencidos a sus países respectivos: si algo se podía hacer, tendrían que ser ellos mismos quienes lo realizaran.

Sarpullidos funcionariales

En el primero de los tres países de los ríos se pusieron inmediatamente a tratar de solucionar el problema. Había un deseo individual de practicar la natación y un problema colectivo de la suciedad de las aguas. Y como colectivo les sonaba a Estado, fue el Estado quien se encargó de la solución del problema. Y como el Estado tenía funcionarios a su servicio, se seleccionaron algunos de éstos para hacer frente a la tragedia y se asignó un determinado presupuesto. Compraron unas redes para retener las suciedades mayores, otras

más finas para las menores, echaron continuamente cloro para eliminar los gérmenes más pequeños y, tras larga discusión y papeleo por innumerables comisiones, se compró una máquina distribuidora de azulete no tóxico para procurar a las nuevas aguas algo parecido al color del recuerdo.

Pero ni la existencia del Estado dependía de la calidad de las aguas, ni los funcionarios asignados tenían el mínimo interés en el asunto. Muchos bañistas volvían a casa con urticaria cuando a alguien se le olvidaba poner en marcha la máquina del cloro, de vez en cuando se encontraban flotando en las aguas algo molesto o repugnante porque se había rasgado la red y nadie se había percatado del accidente, e incluso llegaron a hacer apuestas sobre el color que adoptaría el río un día determinado, entre el gris sucio olvido o el azul cobalto de un funcionario concienzudo. Aquello fue un desastre.

En el segundo de los tres países de los ríos estaban muy impresionados por los logros que el sentido de lo individual y lo privado parecía haber conseguido en el País del Gran Lago. Había un deseo individual de practicar la natación y un problema colectivo de la suciedad de las aguas. Y como conocían el fracaso de la solución adoptada en el primero de los países decidieron dar una respuesta individual a ca-

da una de las demandas individuales. La gente estaba dispuesta a pagar por seguir nadando y esa actitud era fuente de negocio. Sólo había que pensar un poco para satisfacer privadamente esas demandas.

Tontunas privadas

Y diseñaron algo parecido a un traje de hombre-rana que permitiera una libertad completa de movimientos en la natación al mismo tiempo que impidiera el más mínimo contacto con las fétidas y venenosas aguas. El traje tenía sus ventajas: no solamente posibilitaba el disfrute de su deporte favorito sino que en su estilo general y complementos podía establecerse la diferenciación necesaria para establecer claramente las señales que marcaban la posición social del usuario.

Había moda joven y audaz, y también reposada y distinguida. Hubo trajes de hombres-rana para ejecutivos agresivos y para actitudes desueltas, para rockeros duros y para elegantes románticos... y luego estaba todo el asunto de los complementos: para detectar la presencia de otros nadadores en la turbiedad de las aguas, para oír delicada música en la burbuja de placer, para convertir ópticamente el gris sucio del agua en un azul transparente, para irisar con

todos los colores del arco iris los flotantes excrementos de las proximidades... Algunos decían que nadar ahora no era como antes, pero sólo eran algunos; el ahora era el ahora y además resultaba un negocio.

Producción privada

En el tercero de los tres países de los ríos tardaron un poco más en enfrentarse con el asunto. Sabían que, en principio, la solución idónea sería que el poderoso País del Gran Lago-Cloaca tomara las oportunas medidas. Pero eso era, por ahora, militarmente imposible. Conocían también el desastre funcional que había acontecido en una de sus vecinas y la tontuna cretina de los trajes ranas que habían adoptado como solución en el otro.

Había un deseo individual de practicar la natación, y un problema colectivo de la suciedad de las aguas. Y decidieron dar una solución colectiva a lo que era un problema colectivo: las aguas tenían que limpiarse. Pero probaron a que fuera privada la provisión de esa limpieza pública. Se ofreció una cantidad por el servicio y se especificaron claramente las características de éste: grado de limpieza bacteriológica y química de las aguas, grado de visibilidad...

Así se concertó el servicio con una determinada empresa. Su ánimo de lucro le llevó a proporcionar la cantidad y calidad especificada a un mínimo coste: introducían las últimas novedades en depuradoras, había, por miedo a perder el contrato, una continua y constante vigilancia de los resultados.

"Oye -me interrumpe el loco deslenguado que casi siempre me acompaña-, ¿y por qué un país es más competitivo?" "Pues -le contesto, consciente de que hoy no está por la labor de discutir eso de lo público y lo privado- un país es más competitivo porque ofrece las mercancías a un precio más bajo y, mucho más que esto, en el mundo duro y real en el que estamos, porque ofrece productos atractivos que, independientemente de su precio y muchas veces por lo elevado de éste, son demandados por aquellos que tienen suficiente capacidad de pago".

La competitividad

Pero también es más competitivo porque en él pueden obtenerse tipos de beneficio superiores; y también es más competitivo si en él se consiguen mejores salarios y unas mejores condiciones de trabajo. Y, por supuesto, es más competitivo si ha conseguido organizar la economía de forma que sus gentes, lejos de la pobreza y el agobio, perdido el miedo, disfruten de la vida".

"Bueno -me dice un tanto aburrido con mi discurso-, pero de eso de los ríos públicos y privados, ¿qué?". Siento ganas de estrangularlo, pero se me pasan y sonrío cuando veo con cuánto afán está preparando su pancarta, pequeñita y chapucera, para el Primer de Mayo.

Todo empezó a estropearse cuando en el País del Gran Lago comenzó eso que llamaron desarrollo. Se produjeron de forma creciente miles y miles de cosas nuevas y se generaron, claro está, miles y miles de toneladas de residuos. Cada una de las empresas llegó a la conclusión de que lo más barato era tirarlos al lago

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la Universidad Autónoma de Madrid y autor, entre otras obras, de *El postkevesniano* y *Tu hijo y tu mujer*.